— Nada. Estoy ahora volviendo a modificar la colocación de los cuadros de la sala de pintura moderna. Creo que quedará mucho mejor.

—¡Ah!, perdone; me había descuidado de presentarle a mi amigo, que desearía visitar el Museo.

—¡Que pase, que pase! El Museo y yo estamos siempre dispuestos a servir a nuestros visitantes. ¡Lástima que sean tan pocos! ¡Nos tienen olvidados!— Su cara se contrae con expresión de amargura.— Ve, aquí he colocado estas cerámicas y allá, en el fondo, he substituído las armaduras que usted ya recordará, por tallas barrocas que hasta ahora no habían estado expuestas. De este modo la distribución queda más simétrica.

Vamos recorriendo las diversas salas. Manuel se siente satisfecho y va contándonos lo que ha realizado y lo que piensa hacer. Se refiere a los diversos objetos del Museo con una familiaridad emocionante.

—Aquí tenemos ese retablo de la escuela flamenca que si lo pudiésemos iluminar convenientemente se destacaría su maravillosa belleza y que ahora ustedes no pueden columbrar porque esta estancia resulta muy oscura.—Manuel se entristece.— ¡Tiene el Museo tan poco dinero!

Hemos visitado ya todas las salas y me ha vuelto a sorprender la inmensa riqueza artística que encierran. Cuadros, cerámicas, monedas, tallas, retablos y armas, constituyen una frondosidad artística para la cual es insuficiente el amplio edificio que los alberga. Procedemos a despedirnos.

—Muchas gracias, Manuel. Dígame: ¿se ha animado esto? Son más los visitantes de este magnífico tesoro de arte que usted custodia.

Los labios de Manuel dibujan un amargo rictus de despecho.

—Cuando han venido ustedes, hacía tres semanas que no había entrado ningún visitante.

Frente a mí, un haz de sol, que penetra por una ventana, da sobre un sarcófago de los Montcada. En el fondo diviso una vitrina con diversas cerámicas griegas. No sé dónde colocar la vista. Mi amigo me mira extrañado. Siento conturbación. Salimos. El emoliente lenguaje del silencio nos acompaña hasta la carretera. Aquí el bullicio y el tránsito contrastan con nuestro mutismo. Oigo que me llaman.

—¡Colomer! ¡Colomer!

Me vuelvo. Es un compañero.

—Oye, si quieres venir esta noche hemos alquilado un taxi para irnos a la Fiesta Mayor de Cardedeu. ¡Actúa Elsie Bayron!

Al lado tengo el amigo que me ha acompañado al Museo. Me cohíbe.

—Gracias, te lo agradezco. Contad conmigo. ¿A qué hora hemos de encontrarnos?

PEÑAS Y TERTULIAS

—Esto, según Adler, no es otra cosa que...

—¡No nos vengas con tus filosofías y deja el gringo para hablar con claridad;— grita un muchacho robusto, moreno, ojos escondido tras unas magníficas gafas, traje algo descompuesto...

Estamos entre mis compañeros: «La Peña fuerte». Otro, sentado a mi lado, me invita. Continúa Colomer y deja a éste... Suelta una pulla. Empieza un altercado de palabras de doble sentido que nos dirigimos respectivamente. Todos tomamos parte y todos salimos malparados.

—¡Tú preocúpate de la rubia y calla!

—¡Déjame en paz, que te veo convertido en un «cocu»!

La discusión va bajando de tono. No obstante, un concepto muy local y muy «sui generis» de la amistad disimula nuestras respectivas incorrecciones y cada palabra, más o menos ofensiva, es aceptada con una ligera sonrisa. Y si alguno se molesta puede encomendarse a Dios o al diablo, pues se habrá malquistado con toda la Peña y recibirá, hasta que se disuelva la tertulia, alusiones desagradables — tomaduras de pelo — de todos los compañeros.

En este momento viene hacia nuestra mesa un hombre como de cincuenta años. Va vestido con un traje raído y remendado, pero su andar denota una elegancia innata. Delgado y con facciones muy pronunciadas, nos recuerda en algo alguno de los caballeros que el Greco pintó en «El entierro del Conde Orgaz». Encima de nuestro velador abre una carpeta, tamaño folio, y empieza a extraer dibujos que nos muestra con gran vehemencia. Esto es una escena de los Nibelungos. Aquí el pasaje de Don Quijote con el Clavileño. Se siente satisfecho. Ya tiene una nueva ocasión para comenzar a volvernos a explicar su teoría sobre el quiotismo y la bohemia. Los compañeros le interrogan, y él, solícito, responde a todos.

—El Don Quijote puro no se da en Cataluña..., pero yo, que soy catalán, en algo...

— Sigue y sigue sin agotar el tema. Por fin alguno pregunta:

—¿Qué dibujos le compramos hoy?

—Estos dos: los Nibelungos y la fachada de «cal Grás».

—¿Cuánto valen?

—¡Lo que queráis! ¡Lo que queráis!— dice complacido su autor.

Todos contribuimos con nuestra aportación, que no suele pasar de dos pesetas, y le entregamos lo que recogemos.

—Muchas gracias, muchachos.

—Oiga, le encargamos que nos dibuje un Kilovatio y a Llacuna entre laureles de gloria.

—Lo haré, no pasen ustedes cuidado. El miércoles los tendrán ya en su poder.

En los ojos le brilla la satisfacción de ver su arte correspondido; y marcha, sonriente, con la carpeta debajo el brazo.

★

Es de noche. Los bares y cafés se van quedando vacíos. Estoy paseando por la carretera con un amigo. Cada vez que pasamos frente al Hotel Europa sentimos un imponente barullo de gritos y canciones que salen del diminuto bar que dicho establecimiento tiene instalado en el parque M. Z. A. Le denominamos de tan diversas maneras que no se cuál nombre elegir. Entre la balumba de ruidos y voces estridentes, de cuando en cuando se oye, interpretada por todos los reunidos, una canción particularísima: «Nosaltres som la nau que s'extravia...». Ahora irrumpen en la carretera diez o doce muchachos, ruidosos como un cencerro, que se agitan y se mueven impetuosamente. Son: «La Nau». Primicia agraz de indiscutibles personalidades de orden local. Mi amigo llama a uno por el nombre. Se acerca. Es alto, grueso, bien proporcionado. Anda como un Hércules y viste como un dandy. Parece de los más fulleros del grupo.

—¿Qué es lo que celebráis hoy?

—¡Ah! — medita un poco —. El santo de Juan y los exámenes de Arturo.

Se han ido acercando los demás muchachos, los cuales, sin decir nada, han hecho un pequeño corro a nuestro alrededor. Se cruzan miradas inquisitivas. De pronto, uno que tenemos a nuestra izquierda hace una señal. Y al unísono empiezan a gritar una canción de letra «no apta».

—Bien, muy bien...

No podemos acabar la frase. Uno de los del grupo, delgado, alto, ojizcarco, blanco, se adelanta. Con una castiza pronunciación castellana nos recita enfáticamente un truculento verso. Su contenido tampoco es «apto».

Logramos abrirnos paso y continuamos el paseo. Allá, en medio de la carretera, vemos a los muchachos que acabamos de dejar colocados en fila india saltando y remeciéndose con violencia. Taranearon la música de «les gitanes» y en la mano derecha agitan un pañuelo. De cerca dos serenos los vigilan sigilosamente.

★

Indudablemente existen muchas otras tertulias representativas de espíritu de la localidad. El conocimiento que de ellas tengo es más superficial y por referencias. Abundan las reuniones deportivas tipo «Manolazos». «Manolazos» es el nombre de una nutrida Peña incondicional al C. D. Granollers, que no sólo discute de fútbol sino que organiza quinielas y apuestas sobre el resultado de los partidos.

También tenemos nuestro Casino, que es como todos los casinos de pueblo. Caballeros sesudos acuden cada noche a la tertulia. En invierno se reúnen en el café, en verano en el jardín, digo, en la pista de baile. Sus opiniones son escuchadas y tenidas en cuenta. Pesan en el orden local. En la tertulia siempre se encuentran los ediles de la localidad. Ahora, antes y siempre. En tiempo de «derechas» y en tiempo de «izquierdas». El edificio del Casino parece que tenga alguna fuerza mágica, tabú. Incluso durante la dominación roja su poder fué respetado. Se «requisó» para «casa del pueblo». Y los dirigentes socialistas, sentados en las mismas poltronas que antaño habían ocupado las autoridades «burguesas», continuaron desde el casino administrando o desadministrando a nuestra ciudad. ¡Casino, eres el hontanar del poder!

Otro nuevo local ha sido abierto para cobijar tertulias: el Centro Parroquial. Se dice que intenta substituir al Centro Católico. Veremos si cumple. Desconocemos absolutamente su ambiente. Sabemos, desde luego, que en él se reúne el elemento más eminentemente religioso de la localidad: Junta de Obra de la Parroquia; dirigentes de las asociaciones religiosas; Liga parroquial de perseverancia. No me parece algo privativo de Granollers. Me lo figuro como todos los centros católicos que he conocido.

C. COLOMER MARQUÉS